



Arthur Conan Doyle

Estrella
de Plata

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ESTRELLA DE PLATA

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1892

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

ESTRELLA DE PLATA

—Me temo, Watson, que tendré que irme —dijo Holmes, mientras nos sentábamos juntos a desayunar una mañana.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A Dartmoor; a King's Pyland.

No me sorprendió. De hecho, mi única sorpresa era que no se hubiera involucrado ya en este caso extraordinario, que era el único tema de conversación en toda Inglaterra. Durante un día entero, mi compañero había deambulado por la habitación con la barbilla apoyada en el pecho y el ceño fruncido, cargando y recargando su pipa con el tabaco negro más fuerte, y absolutamente sordo a cualquiera de mis preguntas o comentarios. Ediciones frescas de cada periódico habían sido enviadas por nuestro agente de noticias, solo para ser hojadas y arrojadas a un rincón. Sin embargo, a pesar de su silencio, sabía perfectamente en qué estaba cavilando. Solo había un problema ante el público que podía desafiar sus poderes de análisis, y ese era la singular desaparición del favorito para la Copa Wessex, y el trágico asesinato de su entrenador. Por lo tanto, cuando de repente anunció su intención de dirigirse al lugar del drama, era solo lo que había esperado y deseado.

—Me alegraría mucho bajar contigo si no estorbo —dije.

—Mi querido Watson, me harías un gran favor acompañándome. Y creo que tu tiempo no será malgastado, porque hay aspectos del caso que prometen hacerlo absolutamente único. Creo que tenemos justo tiempo para coger

nuestro tren en Paddington, y profundizaré en el asunto durante el viaje. Te agradecería que trajeras contigo tus excelentes prismáticos.

Y así fue que una hora más tarde me encontraba en el rincón de un vagón de primera clase en ruta hacia Exeter, mientras Sherlock Holmes, con su rostro agudo y ansioso enmarcado por su gorra de viaje con orejeras, se sumergía rápidamente en el montón de periódicos frescos que había adquirido en Paddington. Habíamos dejado Reading muy atrás antes de que metiera el último de ellos bajo el asiento y me ofreciera su estuche de cigarros.

—Vamos bien —dijo, mirando por la ventana y echando un vistazo a su reloj—. Nuestra velocidad actual es de cincuenta y tres millas y media por hora.

—No he observado los postes de cuarto de milla —dije.

—Ni yo. Pero los postes del telégrafo en esta línea están a sesenta yardas de distancia, y el cálculo es simple. Supongo que has investigado este asunto del asesinato de John Straker y la desaparición de Silver Blaze.

—He visto lo que dicen el Telegraph y el Chronicle.

—Es uno de esos casos en los que el arte del razonador debe usarse más para el análisis de detalles que para la adquisición de nuevas evidencias. La tragedia ha sido tan insólita, tan completa y de tanta importancia personal para tanta gente, que sufrimos de una plétora de conjeturas, hipótesis y suposiciones. La dificultad es separar el marco de hechos —hechos absolutamente innegables— de los adornos de teóricos y reporteros. Luego, habiendo establecido nuestra base sólida, es nuestro deber ver qué inferencias se pueden sacar y cuáles son los puntos especiales sobre los que gira todo el misterio. El martes por la noche recibí telegramas del coronel Ross, el dueño del caballo, y del inspector Gregory, quien está a cargo del caso, invitándome a colaborar.

—¡Martes por la noche! —exclamé—. Y esta es la mañana del jueves. ¿Por qué no bajaste ayer?

—Porque cometí un error, mi querido Watson, lo cual, me temo, es una ocurrencia más común de lo que pensaría cualquiera que solo me conociera a través de tus memorias. La verdad es que no podía creer posible que el caballo más notable de Inglaterra pudiera permanecer oculto por mucho tiempo, especialmente en un lugar tan escasamente habitado como el norte

de Dartmoor. De hora en hora ayer esperé escuchar que lo habían encontrado, y que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, cuando llegó otra mañana y descubrí que más allá del arresto del joven Fitzroy Simpson no se había hecho nada, sentí que era hora de actuar. No obstante, de alguna manera siento que ayer no se ha desperdiciado.

—¿Entonces has formado una teoría?

—Al menos he captado los hechos esenciales del caso. Te los enumeraré, porque nada aclara tanto un caso como exponerlo a otra persona, y difícilmente puedo esperar tu cooperación si no te muestro la posición desde la que partimos.

Me recliné contra los cojines, fumando mi cigarro, mientras Holmes, inclinado hacia adelante, con su largo y delgado dedo índice marcando los puntos en la palma de su mano izquierda, me daba un resumen de los eventos que habían llevado a nuestro viaje.

—Silver Blaze —dijo— es de la línea Somomy, y tiene un historial tan brillante como su famoso antepasado. Ahora tiene cinco años, y ha traído sucesivamente cada uno de los premios del turf al coronel Ross, su afortunado dueño. Hasta el momento de la catástrofe, era el primer favorito para la Copa Wessex, con una apuesta de tres a uno a su favor. Siempre ha sido un gran favorito del público de las carreras, y nunca los ha decepcionado, por lo que incluso con esas probabilidades se han apostado sumas enormes sobre él. Es obvio, por lo tanto, que había muchas personas con el más fuerte interés en evitar que Silver Blaze estuviera allí en el momento de la carrera el próximo martes.

—El hecho fue, por supuesto, apreciado en King's Pyland, donde se encuentra el establo de entrenamiento del coronel. Se tomaron todas las precauciones para proteger al favorito. El entrenador, John Straker, es un jockey retirado que montó con los colores del coronel Ross antes de volverse demasiado pesado para la balanza. Ha servido al coronel durante cinco años como jockey y durante siete como entrenador, y siempre se ha mostrado como un servidor celoso y honesto. Bajo su mando estaban tres muchachos; ya que el establecimiento era pequeño, con solo cuatro caballos en total. Uno de estos muchachos se quedaba cada noche en el establo, mientras los otros dormían en el desván. Los tres tenían excelentes referencias. John Straker, que está casado, vivía en una pequeña villa a unos doscientos me-

tros de los establos. No tiene hijos, tiene una sola sirvienta y vive cómodamente. El campo alrededor es muy solitario, pero a media milla al norte hay un pequeño grupo de villas que han sido construidas por un contratista de Tavistock para el uso de inválidos y otros que deseen disfrutar del aire puro de Dartmoor. Tavistock se encuentra a dos millas al oeste, mientras que al otro lado del páramo, también a unas dos millas de distancia, está el mayor establecimiento de entrenamiento de Mapleton, que pertenece a Lord Backwater y es gestionado por Silas Brown. En cualquier otra dirección, el páramo es un completo desierto, habitado solo por algunos gitanos errantes. Esa era la situación general el lunes por la noche cuando ocurrió la catástrofe.

— Esa noche, los caballos habían sido ejercitados y abrevados como de costumbre, y los establos se cerraron a las nueve en punto. Dos de los muchachos subieron a la casa del entrenador, donde cenaron en la cocina, mientras que el tercero, Ned Hunter, permaneció de guardia. A pocos minutos después de las nueve, la sirvienta, Edith Baxter, llevó su cena a los establos, que consistía en un plato de cordero al curry. No llevaba líquido, ya que había un grifo de agua en los establos, y era la regla que el muchacho de guardia no bebiera otra cosa. La sirvienta llevaba una linterna, ya que estaba muy oscuro y el camino atravesaba el páramo abierto.

— Edith Baxter estaba a treinta metros de los establos cuando un hombre apareció de la oscuridad y le pidió que se detuviera. Al entrar en el círculo de luz amarilla proyectada por la linterna, vio que era una persona de porte caballeroso, vestido con un traje gris de tweed, con una gorra de tela. Llevaba polainas y un bastón pesado con una perilla. Lo que más le impresionó fue la extrema palidez de su rostro y su nerviosismo. Pensó que su edad sería más de treinta que menos.

— ¿Puede decirme dónde estoy? — preguntó—. Casi había decidido dormir en el páramo cuando vi la luz de su linterna.

— Está cerca de los establos de entrenamiento de King's Pyland — dijo ella.

— ¡Oh, qué suerte! — exclamó—. Entiendo que un mozo duerme allí solo cada noche. Quizás esa sea su cena la que lleva. Ahora estoy seguro de que no le importaría ganar el precio de un vestido nuevo, ¿verdad? — Sacó un trozo de papel blanco doblado del bolsillo de su chaleco—. Asegúrese de

que el muchacho reciba esto esta noche, y tendrá el vestido más bonito que el dinero pueda comprar.

—Ella se asustó por la seriedad de su tono y corrió más allá de él hacia la ventana por donde solía pasar las comidas. Ya estaba abierta, y Hunter estaba sentado en la pequeña mesa dentro. Ella había comenzado a contarle lo que había sucedido cuando el extraño se acercó de nuevo.

—Buenas noches —dijo, mirando por la ventana—. Quería hablar contigo. La chica ha jurado que mientras hablaba notó la esquina del pequeño paquete de papel sobresaliendo de su mano cerrada.

—¿Qué asuntos tiene aquí? —preguntó el muchacho.

—Es un asunto que puede llenarte los bolsillos —dijo el otro—. Tienes dos caballos para la Copa Wessex, Silver Blaze y Bayard. Dame la información correcta y no saldrás perdiendo. ¿Es cierto que con las pesas Bayard podría darle a Silver Blaze cien yardas en cinco furlongs, y que el establo ha apostado por él?

—¡Así que eres uno de esos malditos espías! —gritó el muchacho—. Te mostraré cómo los tratamos en King's Pyland. —Saltó y corrió al establo para soltar al perro. La chica huyó a la casa, pero mientras corría miró atrás y vio que el extraño se inclinaba por la ventana. Un minuto después, sin embargo, cuando Hunter salió corriendo con el perro, él había desaparecido, y aunque corrió alrededor de los edificios, no encontró rastro de él.

—Un momento —dije—. ¿El mozo de establo, cuando salió corriendo con el perro, dejó la puerta sin cerrar tras de sí?

—¡Excelente, Watson, excelente! —murmuró mi compañero—. La importancia del punto me golpeó tan fuertemente que envié un telegrama especial a Dartmoor ayer para aclarar el asunto. El muchacho cerró la puerta antes de salir. La ventana, debo añadir, no era lo suficientemente grande para que un hombre pudiera pasar por ella.

—Hunter esperó hasta que regresaron sus compañeros, cuando envió un mensaje al entrenador y le contó lo que había sucedido. Straker se emocionó al escuchar el relato, aunque no parece haber comprendido su verdadera importancia. Sin embargo, lo dejó vagamente inquieto, y la señora Straker, al despertar a la una de la mañana, descubrió que él se estaba vistiendo. En respuesta a sus preguntas, dijo que no podía dormir debido a su ansiedad

por los caballos, y que tenía la intención de caminar hasta los establos para ver que todo estuviera bien. Ella le rogó que se quedara en casa, ya que podía oír la lluvia golpeando contra la ventana, pero a pesar de sus súplicas, él se puso su gran impermeable y salió de la casa.

—La señora Straker despertó a las siete de la mañana y descubrió que su esposo aún no había regresado. Se vistió apresuradamente, llamó a la sirvienta y se dirigió a los establos. La puerta estaba abierta; dentro, acurrucado en una silla, Hunter estaba en un estado de estupor absoluto, el establo del favorito estaba vacío y no había señales de su entrenador.

—Los dos muchachos que dormían en el desván sobre la sala de arneses fueron rápidamente despertados. No habían oído nada durante la noche, ya que ambos son dormilones. Hunter estaba obviamente bajo la influencia de una droga poderosa, y como no se podía obtener sentido de él, lo dejaron dormir mientras los dos muchachos y las dos mujeres salieron en busca de los ausentes. Aún tenían esperanzas de que el entrenador, por alguna razón, hubiera sacado al caballo para un ejercicio temprano, pero al ascender la colina cerca de la casa, desde donde se veían todos los páramos vecinos, no solo no pudieron ver señales del favorito desaparecido, sino que percibieron algo que les advirtió que estaban ante una tragedia.

—A unos cuatrocientos metros de los establos, el abrigo de John Straker estaba colgando de un arbusto de aulaga. Inmediatamente más allá había una depresión en forma de cuenco en el páramo, y en el fondo de esto se encontró el cuerpo del entrenador desafortunado. Su cabeza había sido destrozada por un golpe salvaje de algún arma pesada, y estaba herido en el muslo, donde había un corte largo y limpio, evidentemente infligido por algún instrumento muy afilado. Sin embargo, estaba claro que Straker se había defendido vigorosamente de sus atacantes, ya que en su mano derecha sostenía un pequeño cuchillo, que estaba manchado de sangre hasta el mango, mientras que en su izquierda tenía un pañuelo de seda rojo y negro, que fue reconocido por la sirvienta como usado la noche anterior por el extraño que había visitado los establos. Hunter, al recuperarse de su estupor, también estaba completamente seguro de la propiedad del pañuelo. Estaba igualmente seguro de que el mismo extraño había, mientras estaba en la ventana, drogado su cordero al curry, y así privó a los establos de su vigilante. En cuanto al caballo desaparecido, había pruebas abundantes en el barro que yacía en el fondo del hueco fatal de que había estado allí en el

momento de la pelea. Pero desde esa mañana ha desaparecido, y aunque se ha ofrecido una gran recompensa, y todos los gitanos de Dartmoor están en alerta, no se ha recibido ninguna noticia de él. Finalmente, un análisis ha demostrado que los restos de su cena dejados por el mozo de establo contienen una cantidad apreciable de opio en polvo, mientras que las personas en la casa comieron el mismo plato la misma noche sin ningún efecto.

—Esos son los principales hechos del caso, despojados de toda suposición, y presentados tan desnudos como sea posible. Ahora recapitularé lo que la policía ha hecho al respecto.

—El inspector Gregory, a quien se ha encomendado el caso, es un oficial extremadamente competente. Si tuviera imaginación, podría llegar a grandes alturas en su profesión. A su llegada, encontró y arrestó rápidamente al hombre sobre el cual recaía naturalmente la sospecha. No hubo mucha dificultad en encontrarlo, ya que habitaba una de esas villas que mencioné. Su nombre, al parecer, era Fitzroy Simpson. Era un hombre de excelente cuna y educación, que había malgastado una fortuna en el turf, y que vivía ahora haciendo un poco de apuestas discretas y elegantes en los clubes deportivos de Londres. Un examen de su libro de apuestas muestra que se habían registrado apuestas por un monto de cinco mil libras contra el favorito. Al ser arrestado, voluntariamente declaró que había venido a Dartmoor con la esperanza de obtener alguna información sobre los caballos de King's Pyland, y también sobre Desborough, el segundo favorito, que estaba a cargo de Silas Brown en los establos de Mapleton. No intentó negar que había actuado como se describió la noche anterior, pero declaró que no tenía intenciones siniestras, y que simplemente deseaba obtener información de primera mano. Al ser confrontado con su pañuelo, se puso muy pálido y fue completamente incapaz de explicar su presencia en la mano del hombre asesinado. Su ropa mojada mostró que había estado afuera en la tormenta de la noche anterior, y su bastón, que era un Penang-lawyer con peso de plomo, era exactamente el tipo de arma que podría, con repetidos golpes, haber infligido las terribles lesiones que sufrió el entrenador. Por otro lado, no había ninguna herida en su persona, mientras que el estado del cuchillo de Straker mostraría que al menos uno de sus atacantes debe llevar su marca. Ahí lo tienes todo en resumen, Watson, y si puedes darme alguna luz, te estaré infinitamente agradecido.

Había escuchado con el mayor interés la exposición que Holmes, con su característica claridad, me había presentado. Aunque la mayoría de los hechos me eran familiares, no había apreciado suficientemente su importancia relativa, ni su conexión entre sí.

—¿No es posible —sugerí— que la herida incisa en Straker haya sido causada por su propio cuchillo en las convulsivas luchas que siguen a una lesión cerebral?

—Es más que posible; es probable —dijo Holmes—. En ese caso, uno de los principales puntos a favor del acusado desaparece.

—Y sin embargo —dije—, aún no entiendo cuál puede ser la teoría de la policía.

—Me temo que cualquier teoría que presentemos tiene graves objeciones —respondió mi compañero—. La policía imagina, supongo, que este Fitzroy Simpson, habiendo drogado al muchacho, y habiendo obtenido de alguna manera una llave duplicada, abrió la puerta del establo y sacó al caballo, con la intención, aparentemente, de secuestrarlo por completo. Su brida falta, por lo que Simpson debió ponerla. Luego, habiendo dejado la puerta abierta tras de sí, estaba llevando al caballo por el páramo cuando fue encontrado o alcanzado por el entrenador. Naturalmente, se produjo una pelea. Simpson destrozó el cerebro del entrenador con su pesado bastón sin recibir ninguna herida del pequeño cuchillo que Straker usó en defensa propia, y luego el ladrón o condujo el caballo a algún escondite secreto, o el caballo pudo haber huido durante la pelea, y ahora deambula por el páramo. Ese es el caso según la policía, y aunque improbable, todas las demás explicaciones son aún más improbables. Sin embargo, pronto pondré a prueba el asunto cuando esté en el lugar, y hasta entonces no veo cómo podemos avanzar más allá de nuestra posición actual.

Era de noche cuando llegamos a la pequeña ciudad de Tavistock, que se encuentra, como el centro de un escudo, en medio del enorme círculo de Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación: uno era un hombre alto, rubio, con cabello y barba leoninos, y ojos azul claro curiosamente penetrantes; el otro, una persona pequeña, alerta, muy ordenada y pulcra, con un chaqué y polainas, con pequeñas patillas bien cuidadas y un monóculo. El último era el coronel Ross, el conocido deportista; el otro, el inspector

Gregory, un hombre que estaba haciendo rápidamente su nombre en el servicio de detectives inglés.

—Estoy encantado de que haya venido, señor Holmes —dijo el coronel—. El inspector aquí ha hecho todo lo que podría sugerirse, pero deseo no dejar piedra sin mover en mi esfuerzo por vengar al pobre Straker y recuperar mi caballo.

—¿Ha habido algún desarrollo nuevo? —preguntó Holmes.

—Lamento decir que hemos hecho muy pocos progresos —dijo el inspector—. Tenemos un coche afuera, y como sin duda le gustaría ver el lugar antes de que oscurezca, podríamos hablar mientras conducimos.

Un minuto más tarde, todos estábamos sentados en un cómodo landó, y atravesábamos la pintoresca ciudad antigua de Devonshire. El inspector Gregory estaba absorto en su caso, y vertía un torrente de comentarios, mientras Holmes lanzaba una pregunta o una interjección ocasional. El coronel Ross se recostó con los brazos cruzados y el sombrero inclinado sobre sus ojos, mientras yo escuchaba con interés el diálogo de los dos detectives. Gregory estaba formulando su teoría, que era casi exactamente lo que Holmes había predicho en el tren.

—La red está bastante apretada alrededor de Fitzroy Simpson —comentó—, y creo que él es nuestro hombre. Al mismo tiempo, reconozco que la evidencia es puramente circunstancial, y que algún nuevo desarrollo puede desbaratarla.

—¿Qué pasa con el cuchillo de Straker?

—Hemos llegado a la conclusión de que se hirió en su caída.

—Mi amigo el doctor Watson me hizo esa sugerencia mientras veníamos. Si es así, iría en contra de este hombre Simpson.

—Indudablemente. No tiene cuchillo ni señal de herida. La evidencia en su contra es ciertamente muy fuerte. Tenía un gran interés en la desaparición del favorito. Está bajo sospecha de haber envenenado al mozo de estable, sin duda estuvo afuera en la tormenta, estaba armado con un bastón pesado y su pañuelo fue encontrado en la mano del hombre asesinado. Realmente creo que tenemos suficiente para presentar ante un jurado.

Holmes sacudió la cabeza.

—Un abogado astuto destrozaría todo eso —dijo—. ¿Por qué habría de sacar al caballo del establo? Si quisiera dañarlo, ¿por qué no hacerlo allí? ¿Se ha encontrado una llave duplicada en su posesión? ¿Qué químico le vendió el opio en polvo? Sobre todo, ¿dónde podría esconder un caballo, y un caballo como este, siendo un extraño en el distrito? ¿Cuál es su propia explicación sobre el papel que quería que la sirvienta le diera al mozo de establo?

—Dice que era un billete de diez libras. Se encontró uno en su cartera. Pero tus otras dificultades no son tan formidables como parecen. No es un extraño en el distrito. Ha estado dos veces alojado en Tavistock en verano. El opio probablemente fue traído de Londres. La llave, después de haber servido a su propósito, sería arrojada lejos. El caballo puede estar en el fondo de uno de los pozos o antiguas minas del páramo.

—¿Qué dice sobre el pañuelo?

—Reconoce que es suyo, y declara que lo había perdido. Pero se ha introducido un nuevo elemento en el caso que puede explicar por qué estaba llevando el caballo fuera del establo.

Holmes aguzó los oídos.

—Hemos encontrado rastros que muestran que un grupo de gitanos acampó el lunes por la noche a menos de una milla del lugar donde ocurrió el asesinato. El martes se habían ido. Ahora, presumiendo que había algún entendimiento entre Simpson y estos gitanos, ¿no podría haber estado llevando el caballo hacia ellos cuando fue alcanzado, y no podrían tenerlo ahora?

—Es ciertamente posible.

—El páramo está siendo peinado en busca de estos gitanos. También he examinado todos los establos y cobertizos de Tavistock y en un radio de diez millas.

—Hay otro establo de entrenamiento muy cerca, según entiendo.

—Sí, y ese es un factor que ciertamente no debemos descuidar. Como Desborough, su caballo, era el segundo en las apuestas, tenían un interés en la desaparición del favorito. Silas Brown, el entrenador, es conocido por haber hecho grandes apuestas sobre el evento, y no era amigo del pobre Stra-

ker. Sin embargo, hemos examinado los establos y no hay nada que lo conecte con el asunto.

—¿Y nada que conecte a este hombre Simpson con los intereses de los establos de Mapleton?

—Nada en absoluto.

Holmes se recostó en el carruaje, y la conversación cesó. Unos minutos más tarde, nuestro conductor se detuvo frente a una pequeña villa de ladrillo rojo con aleros salientes que se encontraba junto al camino. A cierta distancia, a través de un prado, se encontraba un largo edificio de tejas grises. En todas las demás direcciones, las suaves curvas del páramo, de color bronce por los helechos marchitos, se extendían hasta el horizonte, roto solo por las agujas de Tavistock, y por un grupo de casas al oeste que marcaba los establos de Mapleton. Todos bajamos, con la excepción de Holmes, quien continuó reclinado con los ojos fijos en el cielo frente a él, completamente absorbido en sus propios pensamientos. Solo cuando toqué su brazo se despertó con un sobresalto violento y salió del carruaje.

—Perdón —dijo, volviéndose hacia el coronel Ross, que lo miraba con cierta sorpresa—. Estaba soñando despierto. Había un destello en sus ojos y una excitación contenida en su manera que me convencieron, acostumbrado como estaba a sus modos, de que tenía una pista, aunque no podía imaginar dónde la había encontrado.

—Quizás prefiera ir directamente al lugar del crimen, señor Holmes —dijo Gregory.

—Creo que preferiría quedarme aquí un poco y abordar algunas cuestiones de detalle. Straker fue traído aquí, supongo.

—Sí; está arriba. El juicio es mañana.

—Ha estado a su servicio durante varios años, coronel Ross.

—Siempre lo he encontrado un excelente sirviente.

—Supongo que hizo un inventario de lo que tenía en sus bolsillos en el momento de su muerte, inspector.

—Tengo los objetos en la sala de estar, si le gustaría verlos.

—Me encantaría. Todos entramos en la sala del frente y nos sentamos alrededor de la mesa central mientras el inspector abría una caja de hojalata cuadrada y colocaba un pequeño montón de cosas frente a nosotros. Había una caja de fósforos, dos pulgadas de vela de sebo, una pipa de raíz de brezo A D P, una bolsa de piel de foca con media onza de Cavendish de corte largo, un reloj de plata con una cadena de oro, cinco soberanos en oro, un estuche de lápiz de aluminio, algunos papeles y un cuchillo con mango de marfil con una hoja muy delicada e inflexible marcada Weiss & Co., Londres.

—Este es un cuchillo muy singular —dijo Holmes, levantándolo y examinándolo minuciosamente—. Supongo, al ver manchas de sangre en él, que es el que se encontró en la mano del hombre muerto. Watson, este cuchillo seguramente es de tu especialidad.

—Es lo que llamamos un cuchillo de cataratas —dije.

—Lo sospechaba. Una hoja muy delicada diseñada para un trabajo muy delicado. Una cosa extraña para que un hombre la lleve en una expedición ruda, especialmente porque no se cerraría en su bolsillo.

—La punta estaba protegida por un disco de corcho que encontramos junto a su cuerpo —dijo el inspector—. Su esposa nos dice que el cuchillo había estado en la mesa de tocador, y que él lo había recogido al salir de la habitación. Era un arma pobre, pero tal vez la mejor que pudo encontrar en el momento.

—Muy posible. ¿Qué hay de estos papeles?

—Tres de ellos son cuentas pagadas de comerciantes de heno. Uno es una carta de instrucciones del coronel Ross. Este otro es una cuenta de una modista por treinta y siete libras quince hecha por Madame Lesurier, de Bond Street, para William Derbyshire. La señora Straker nos dice que Derbyshire era un amigo de su esposo y que ocasionalmente sus cartas se dirigían aquí.

—Madame Derbyshire tenía gustos algo caros —comentó Holmes, echando un vistazo a la cuenta—. Veintidós guineas es bastante caro para un solo traje. Sin embargo, parece que no hay nada más que aprender, y ahora podemos ir al lugar del crimen.

Al salir de la sala, una mujer que había estado esperando en el pasillo dio un paso adelante y puso su mano en la manga del inspector. Su rostro estaba demacrado y delgado, y ansioso, marcado con la huella de un horror reciente.

—¿Los ha encontrado? ¿Los ha encontrado? —jadeó.

—No, señora Straker.

Pero el señor Holmes ha venido de Londres para ayudarnos, y haremos todo lo posible.

—Seguramente lo conocí en Plymouth en una fiesta en el jardín hace algún tiempo, señora Straker —dijo Holmes.

—No, señor; está equivocado.

—¡Caramba! Juraría que sí. Llevaba un traje de seda color paloma con adornos de plumas de avestruz.

—Nunca tuve tal vestido, señor —respondió la dama.

—Ah, eso lo deja claro —dijo Holmes. Y con una disculpa, siguió al inspector afuera. Un corto paseo por el páramo nos llevó al hueco donde se había encontrado el cuerpo. Al borde del mismo estaba el arbusto de aulaga sobre el cual se había colgado el abrigo.

—No hubo viento esa noche, ¿verdad? —dijo Holmes.

—Ninguno; pero llovió muy fuerte.

—En ese caso, el abrigo no fue arrastrado contra el arbusto, sino colocado allí.

—Sí, fue puesto sobre el arbusto.

—Me llena de interés. Percibo que el suelo ha sido pisoteado bastante. Sin duda muchos pies han estado aquí desde el lunes por la noche.

—Se ha colocado un trozo de estera aquí al lado, y todos hemos estado sobre eso.

—Excelente.

—En esta bolsa tengo una de las botas que llevaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson, y una herradura de Silver Blaze.

—Mi querido inspector, ¡te superas a ti mismo! —Holmes tomó la bolsa, y descendiendo al hueco, empujó la estera a una posición más central. Luego, estirándose sobre su rostro y apoyando su barbilla en sus manos, hizo un estudio minucioso del barro pisoteado frente a él.

—¡Hola! —dijo de repente—. ¿Qué es esto?

Era una cerilla de cera medio quemada, tan cubierta de barro que al principio parecía una pequeña astilla de madera.

—No puedo pensar cómo la pasé por alto —dijo el inspector, con una expresión de molestia.

—Estaba invisible, enterrada en el barro. Solo la vi porque la estaba buscando.

—¿Qué? ¿Esperaba encontrarla?

—Pensé que no era improbable.

Sacó las botas de la bolsa y comparó las impresiones de cada una de ellas con las marcas en el suelo. Luego subió al borde del hueco y se arrastró entre los helechos y arbustos.

—Me temo que no hay más huellas —dijo el inspector—. He examinado el suelo muy cuidadosamente durante cien yardas en cada dirección.

—¡De veras! —dijo Holmes, levantándose—. No tendría la impertinencia de hacerlo de nuevo después de lo que dices. Pero me gustaría dar un pequeño paseo por el páramo antes de que oscurezca, para conocer el terreno para mañana, y creo que me llevaré esta herradura en el bolsillo por suerte.

El coronel Ross, que había mostrado algunos signos de impaciencia ante el método tranquilo y sistemático de trabajo de mi compañero, miró su reloj.

—Desearía que volviera conmigo, inspector —dijo—. Hay varios puntos sobre los que quisiera su consejo, y especialmente en cuanto a si no debemos al público retirar el nombre de nuestro caballo de las inscripciones para la Copa.

—Ciertamente no —exclamó Holmes, con decisión—. Dejaría que el nombre se mantuviera.

El coronel inclinó la cabeza.

—Me alegra mucho haber tenido su opinión, señor —dijo—. Nos encontrará en la casa del pobre Straker cuando haya terminado su paseo, y podemos conducir juntos a Tavistock.

Regresó con el inspector, mientras Holmes y yo caminábamos lentamente por el páramo. El sol comenzaba a ponerse detrás de los establos de Mapleton, y la larga llanura inclinada frente a nosotros se teñía de oro, profundizando en ricos tonos marrones rojizos donde los helechos y zarzas marchitos captaban la luz de la tarde. Pero las glorias del paisaje se desperdiciaban en mi compañero, que estaba sumido en sus más profundos pensamientos.

—Es así, Watson —dijo al fin—. Podemos dejar por ahora la cuestión de quién mató a John Straker, y concentrarnos en averiguar qué ha sido del caballo. Ahora, suponiendo que se escapó durante o después de la tragedia, ¿adónde podría haber ido? El caballo es una criatura muy gregaria. Si se le deja solo, sus instintos habrían sido o volver a King's Pyland o ir a Mapleton. ¿Por qué iba a correr salvaje por el páramo? Seguramente lo habrían visto ya. ¿Y por qué iban a secuestrarlo los gitanos? Estas personas siempre desaparecen cuando oyen problemas, ya que no desean ser molestadas por la policía. No podrían esperar vender tal caballo. Correrían un gran riesgo y no ganarían nada al llevárselo. Seguramente eso está claro.

—¿Dónde está, entonces?

—Ya he dicho que debe haber ido a King's Pyland o a Mapleton. No está en King's Pyland. Por lo tanto, está en Mapleton. Tomemos eso como una hipótesis de trabajo y veamos a dónde nos lleva. Esta parte del páramo, como comentó el inspector, es muy dura y seca. Pero desciende hacia Mapleton, y puedes ver desde aquí que hay un largo hueco allá, que debe haber estado muy mojado el lunes por la noche. Si nuestra suposición es correcta, entonces el caballo debe haber cruzado eso, y ahí es donde deberíamos buscar sus huellas.

Habíamos estado caminando rápidamente durante esta conversación, y unos minutos más nos llevaron al hueco en cuestión. A pedido de Holmes, caminé por la orilla a la derecha, y él a la izquierda, pero no había dado cincuenta pasos antes de oírle dar un grito, y verlo agitando su mano hacia mí. La huella de un caballo estaba claramente delineada en la tierra blanda fren-

te a él, y la herradura que sacó de su bolsillo encajaba exactamente en la impresión.

— Ve el valor de la imaginación — dijo Holmes — . Es la única cualidad que le falta a Gregory. Imaginamos lo que podría haber pasado, actuamos sobre la suposición, y nos encontramos justificados. Continuemos.

Cruzamos el fondo pantanoso y pasamos por un cuarto de milla de césped seco y duro. Nuevamente el suelo descendía, y nuevamente encontramos las huellas. Luego las perdimos por media milla, pero solo para volver a encontrarlas cerca de Mapleton. Fue Holmes quien las vio primero, y se quedó señalando con una expresión de triunfo en su rostro. La huella de un hombre era visible junto a la del caballo.

— El caballo estaba solo antes — grité.

— Exactamente. Estaba solo antes. ¡Hola, qué es esto!

El doble rastro giraba bruscamente y tomaba la dirección de King's Pyland. Holmes silbó, y ambos seguimos tras él. Sus ojos estaban en el rastro, pero yo miré un poco hacia un lado, y vi con sorpresa las mismas huellas regresando en la dirección opuesta.

— Una para ti, Watson — dijo Holmes, cuando se lo señalé — . Nos has ahorrado una larga caminata, que nos habría llevado de regreso sobre nuestras propias huellas. Sigamos el rastro de regreso.

No tuvimos que ir lejos. Terminaba en el pavimento de asfalto que llevaba a las puertas de los establos de Mapleton. Al acercarnos, un mozo salió corriendo de ellos.

— No queremos vagabundos por aquí — dijo.

— Solo quería hacer una pregunta — dijo Holmes, con su dedo y pulgar en el bolsillo de su chaleco — . ¿Sería demasiado temprano para ver a su maestro, el señor Silas Brown, si viniera a las cinco de la mañana?

— ¡Dios lo bendiga, señor, si alguien está despierto, él lo estará, porque siempre es el primero en moverse. Pero aquí está, señor, para responder sus preguntas por sí mismo. No, señor, no, es tanto como mi trabajo vale dejar que me vea tocar su dinero. Después, si quiere.

Mientras Sherlock Holmes guardaba el medio penique que había sacado de su bolsillo, un hombre de aspecto feroz y mayor salió de la puerta con un látigo de caza balanceándose en su mano.

—¿Qué es esto, Dawson? —gritó—. ¡Nada de chismes! ¡A tu trabajo! Y tú, ¿qué demonios quieres aquí?

—Diez minutos de charla contigo, buen señor —dijo Holmes con la voz más dulce.

—No tengo tiempo para hablar con cada vagabundo. No queremos extraños aquí. Lárgate, o podrías encontrar un perro a tus talones.

Holmes se inclinó y susurró algo al oído del entrenador. Este se estremeció violentamente y enrojeció hasta las sienes.

—¡Es una mentira! —gritó—, ¡una maldita mentira!

—Muy bien. ¿Discutimos esto aquí en público o lo hablamos en tu sala?

—Oh, entra si quieres.

Holmes sonrió.

—No te llevaré más de unos minutos, Watson —dijo—. Ahora, señor Brown, estoy a su disposición.

Pasaron veinte minutos, y los rojos se habían desvanecido en grises antes de que Holmes y el entrenador reaparecieran. Nunca he visto un cambio tan grande como el que se había producido en Silas Brown en ese corto tiempo. Su rostro estaba pálido como la ceniza, gotas de sudor brillaban en su frente, y sus manos temblaban hasta que el látigo de caza se agitaba como una rama en el viento. Su manera de bravucón y prepotente también había desaparecido, y se arrastraba junto a mi compañero como un perro con su amo.

—Sus instrucciones serán cumplidas. Todo se hará —dijo.

—No debe haber ningún error —dijo Holmes, mirándolo alrededor. El otro se estremeció al leer la amenaza en sus ojos.

—Oh no, no habrá ningún error. Estará allí. ¿Debería cambiarlo primero o no?

Holmes pensó un poco y luego estalló en risas.

—No, no lo hagas; te escribiré sobre eso. Nada de trucos, ahora, o...

— Oh, puede confiar en mí, puede confiar en mí.

— Sí, creo que puedo. Bueno, oírás de mí mañana. — Se volvió sobre sus talones, desatendiendo la mano temblorosa que el otro le extendía, y nos dirigimos a King's Pyland.

— Un compuesto más perfecto de bravucón, cobarde y rastrero que el señor Silas Brown rara vez he encontrado — comentó Holmes mientras caminábamos juntos.

— ¿Tiene el caballo, entonces?

— Intentó intimidarme, pero le describí tan exactamente sus acciones de esa mañana que está convencido de que lo estaba observando. Por supuesto, observaste los dedos particularmente cuadrados en las impresiones, y que sus propias botas coincidían exactamente con ellos. De nuevo, por supuesto, ningún subordinado se habría atrevido a hacer tal cosa. Le describí cómo, según su costumbre, fue el primero en levantarse, vio un caballo extraño vagando por el páramo. Cómo salió a él, y su asombro al reconocer, por la frente blanca que le ha dado al favorito su nombre, que la casualidad había puesto en su poder el único caballo que podría vencer al que él había apostado su dinero. Luego le describí cómo su primer impulso fue llevarlo de regreso a King's Pyland, y cómo el diablo le mostró cómo podría esconder el caballo hasta que pasara la carrera, y cómo lo llevó de regreso y lo escondió en Mapleton. Cuando le conté cada detalle, se rindió y solo pensó en salvar su propia piel.

— ¿Pero no se registraron sus establos?

— Oh, un viejo estafador de caballos como él tiene muchos trucos.

— ¿Pero no tienes miedo de dejar el caballo en su poder ahora, ya que tiene todo el interés en dañarlo?

— Mi querido amigo, lo protegerá como la niña de sus ojos. Sabe que su única esperanza de misericordia es producirlo a salvo.

— El coronel Ross no me impresionó como un hombre que mostraría mucha misericordia en cualquier caso.

— El asunto no depende del coronel Ross. Sigo mis propios métodos, y digo tanto o tan poco como elijo. Esa es la ventaja de ser no oficial. No sé si lo notaste, Watson, pero el modo del coronel ha sido un poco arrogante con-

migo. Ahora me inclino a tener un poco de diversión a su costa. No le digas nada sobre el caballo.

—Por supuesto que no sin tu permiso.

—Y por supuesto esto es solo un punto menor comparado con la cuestión de quién mató a John Straker.

—¿Y te dedicarás a eso?

—Al contrario, ambos regresamos a Londres en el tren nocturno.

Me quedé atónito con las palabras de mi amigo. Solo habíamos estado unas pocas horas en Devonshire, y que renunciara a una investigación que había comenzado tan brillantemente era completamente incomprendible para mí. No pude sacarle una palabra más hasta que regresamos a la casa del entrenador. El coronel y el inspector nos estaban esperando en el salón.

—Mi amigo y yo regresamos a la ciudad en el expreso nocturno —dijo Holmes—. Hemos tenido un encantador respiro de su hermoso aire de Dartmoor.

El inspector abrió los ojos, y el labio del coronel se curvó en una mueca.

—Así que desespera de arrestar al asesino del pobre Straker —dijo él.

Holmes se encogió de hombros.

—Ciertamente hay grandes dificultades en el camino —dijo—. Sin embargo, tengo todas las esperanzas de que su caballo compita el martes, y le ruego que tenga a su jockey preparado. ¿Podría pedir una fotografía del señor John Straker?

El inspector sacó una de un sobre y se la entregó.

—Mi querido Gregory, anticipas todas mis necesidades. Si me permite esperar aquí un instante, tengo una pregunta que me gustaría hacerle a la criada.

—Debo decir que estoy bastante decepcionado con nuestro consultor de Londres —dijo el coronel Ross, francamente, mientras mi amigo salía de la habitación—. No veo que hayamos avanzado desde que llegó.

—Al menos tiene su garantía de que su caballo correrá —dije.

— Sí, tengo su garantía — dijo el coronel, encogiéndose de hombros—. Preferiría tener el caballo.

Estaba a punto de hacer algún comentario en defensa de mi amigo cuando él volvió a entrar en la habitación.

— Ahora, caballeros — dijo —, estoy listo para ir a Tavistock.

Cuando subimos al carruaje, uno de los mozos de establo nos sostuvo la puerta. A Holmes pareció ocurrírsele una idea repentina, pues se inclinó y tocó al mozo en la manga.

— Tienen algunas ovejas en el prado — dijo—. ¿Quién se encarga de ellas?

— Yo, señor.

— ¿Ha notado algo extraño en ellas últimamente?

— Bueno, señor, nada de mucha importancia; pero tres de ellas se han quedado cojas, señor.

Pude ver que Holmes estaba extremadamente complacido, pues se rió entre dientes y se frotó las manos.

— Un disparo lejano, Watson; un disparo muy lejano — dijo, pellizcándome el brazo—. Gregory, permíteme recomendarte que prestes atención a esta singular epidemia entre las ovejas. ¡Adelante, cochero!

El coronel Ross aún tenía una expresión que mostraba la pobre opinión que había formado de la habilidad de mi compañero, pero vi en la cara del inspector que su atención había sido agudamente despertada.

— ¿Considera eso importante? — preguntó.

— Excesivamente.

— ¿Hay algún punto al que desee que preste mi atención?

— Al curioso incidente del perro durante la noche.

— El perro no hizo nada durante la noche.

— Ese fue el curioso incidente — comentó Sherlock Holmes.

Cuatro días después, Holmes y yo estábamos nuevamente en el tren, rumbo a Winchester para ver la carrera de la Copa Wessex. El coronel Ross nos

encontró por cita previa fuera de la estación, y nos llevó en su carruaje hasta el hipódromo más allá de la ciudad. Su rostro estaba grave y su manera era extremadamente fría.

—No he visto nada de mi caballo —dijo.

—Supongo que lo reconocerá cuando lo vea —preguntó Holmes.

El coronel se enojó mucho.

—He estado en el turf durante veinte años, y nunca antes me habían hecho una pregunta como esa —dijo—. Un niño reconocería a Silver Blaze, con su frente blanca y su pata delantera moteada.

—¿Cómo van las apuestas?

—Bueno, esa es la parte curiosa. Podías obtener quince a uno ayer, pero el precio ha ido bajando y bajando, hasta que apenas puedes obtener tres a uno ahora.

—¡Hum! —dijo Holmes—. Alguien sabe algo, eso está claro.

Cuando el carruaje se detuvo en el recinto cerca de la tribuna, eché un vistazo a la tarjeta para ver las inscripciones.

Placa Wessex [se leía] 50 sovs cada uno h ft con 1000 sovs añadidos para caballos de cuatro y cinco años. Segundo, £300. Tercero, £200. Nuevo recorrido (una milla y cinco furlongs).

- El Negro de Mr. Heath Newton. Gorro rojo. Chaqueta canela.
- Pugilist del coronel Wardlaw. Gorro rosa. Chaqueta azul y negra.
- Desborough de Lord Backwater. Gorro y mangas amarillas.
- Silver Blaze del coronel Ross. Gorro negro. Chaqueta roja.
- Iris del duque de Balmoral. Rayas amarillas y negras.
- Rasper de Lord Singleford. Gorro púrpura. Mangas negras.

—Retiramos a nuestro otro caballo, y pusimos todas las esperanzas en su palabra —dijo el coronel—. ¿Qué es eso? ¿Silver Blaze favorito?

—¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! —rugió la multitud.

— ¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! ¡Cinco a quince contra Desborough! ¡Cinco a cuatro en el campo!

— Ahí están los números — grité—. Están los seis ahí.

— ¿Los seis ahí? Entonces mi caballo está corriendo — gritó el coronel con gran agitación—. Pero no lo veo. Mis colores no han pasado.

— Solo cinco han pasado. Debe ser él.

Mientras hablaba, un poderoso caballo bayo salió del recinto de pesaje y pasó al galope junto a nosotros, llevando en su lomo los conocidos colores negro y rojo del coronel.

— Ese no es mi caballo — gritó el dueño—. Esa bestia no tiene un solo pelo blanco en su cuerpo. ¿Qué es esto que ha hecho, señor Holmes?

— Bueno, bueno, veamos cómo le va — dijo mi amigo, imperturbable. Durante unos minutos observó a través de mis prismáticos. — ¡Magnífico! ¡Un excelente comienzo! — exclamó de repente—. ¡Ahí vienen, rodeando la curva!

Desde nuestro carruaje teníamos una vista magnífica mientras subían por la recta. Los seis caballos estaban tan juntos que se podría haber cubierto con una alfombra, pero a mitad de camino, el amarillo del establo de Mapleton se mostraba al frente. Sin embargo, antes de que llegaran a nosotros, el impulso de Desborough se agotó, y el caballo del coronel, avanzando con fuerza, cruzó la meta con una ventaja de seis largos sobre su rival, mientras que Iris, del duque de Balmoral, llegaba en un mal tercer lugar.

— Es mi carrera, de todos modos — jadeó el coronel, pasándose la mano por los ojos—. Confieso que no puedo entender nada. ¿No cree que ha mantenido su misterio el tiempo suficiente, señor Holmes?

— Ciertamente, coronel, sabrá todo. Vamos a dar una vuelta y ver el caballo juntos. Aquí está — continuó, mientras nos dirigíamos al recinto de pesaje, donde solo los dueños y sus amigos tienen acceso—. Solo tiene que lavar su cara y su pata con alcohol, y verá que es el mismo viejo Silver Blaze de siempre.

— ¡Me deja sin aliento!

—Lo encontré en manos de un estafador, y me tomé la libertad de hacerlo correr tal como fue enviado.

—Mi querido señor, ha hecho maravillas. El caballo se ve muy bien y en forma. Nunca ha corrido mejor en su vida. Le debo mil disculpas por haber dudado de su habilidad. Me ha prestado un gran servicio al recuperar mi caballo. Me haría un mayor servicio aún si pudiera atrapar al asesino de John Straker.

—Ya lo he hecho —dijo Holmes tranquilamente.

El coronel y yo lo miramos asombrados.

—¡Lo ha atrapado! ¿Dónde está entonces?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—En mi compañía en este momento.

El coronel se sonrojó de enojo.

—Reconozco que le estoy en deuda, señor Holmes —dijo—, pero debo considerar lo que acaba de decir como una broma muy pesada o un insulto.

Sherlock Holmes se rió.

—Le aseguro que no lo he asociado con el crimen, coronel —dijo—. El verdadero asesino está justo detrás de usted. —Pasó al lado y puso su mano sobre el lustroso cuello del pura sangre.

—¡El caballo! —exclamamos el coronel y yo.

—Sí, el caballo. Y puede atenuar su culpa si digo que lo hizo en defensa propia, y que John Straker era un hombre completamente indigno de su confianza. Pero ahí suena la campana, y como tengo una pequeña apuesta en la próxima carrera, dejaré una explicación detallada para un momento más oportuno.

Teníamos la esquina de un vagón Pullman para nosotros solos esa noche mientras regresábamos a Londres, y me imagino que el viaje fue corto tanto para el coronel Ross como para mí, mientras escuchábamos la narración de nuestro compañero sobre los eventos que ocurrieron en los establos de en-

trenamiento de Dartmoor la noche del lunes, y los medios por los cuales los había desenredado.

—Confieso —dijo— que cualquier teoría que hubiera formado a partir de los informes de los periódicos era completamente errónea. Y sin embargo, había indicios allí, si no hubieran sido oscurecidos por otros detalles que ocultaban su verdadero significado. Fui a Devonshire con la convicción de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque, por supuesto, vi que la evidencia en su contra no era de ningún modo concluyente. Fue mientras estaba en el carruaje, justo cuando llegamos a la casa del entrenador, que se me ocurrió la enorme importancia del cordero al curry. Recordará que estaba distraído, y permanecí sentado después de que todos ustedes habían descendido. Me maravillaba en mi mente cómo podía haber pasado por alto una pista tan obvia.

—Confieso —dijo el coronel— que incluso ahora no veo cómo nos ayuda.

—Fue el primer eslabón en mi cadena de razonamiento. El opio en polvo no es en absoluto insípido. El sabor no es desagradable, pero es perceptible. Si se mezclara con cualquier plato ordinario, el comensal lo detectaría sin duda, y probablemente no comería más. Un curry era exactamente el medio que disfrazaría este sabor. De ninguna manera posible este extraño, Fitzroy Simpson, podría haber causado que se sirviera curry en la familia del entrenador esa noche, y es seguramente demasiado monstruoso suponer que llegó con opio en polvo justo la noche en que se sirvió un plato que disfrazaría el sabor. Eso es impensable. Por lo tanto, Simpson queda eliminado del caso, y nuestra atención se centra en Straker y su esposa, las únicas dos personas que podrían haber elegido cordero al curry para la cena de esa noche. El opio se añadió después de que el plato se apartó para el mozo de establo, ya que los demás tomaron lo mismo para la cena sin ningún efecto. ¿Cuál de ellos, entonces, tuvo acceso a ese plato sin que la sirvienta los viera?

—Antes de decidir esa cuestión, comprendí la importancia del silencio del perro, porque una inferencia verdadera sugiere invariablemente otras. El incidente Simpson me había mostrado que se mantenía un perro en los establos, y sin embargo, aunque alguien había estado allí y había sacado un caballo, no ladró lo suficiente como para despertar a los dos muchachos en el

desván. Obviamente, el visitante de medianoche era alguien a quien el perro conocía bien.

— Ya estaba convencido, o casi convencido, de que John Straker había bajado a los establos en la oscuridad de la noche y había sacado a Silver Blaze. ¿Con qué propósito? Obviamente, con un propósito deshonesto, o ¿por qué iba a drogar a su propio mozo de establo? Y sin embargo, no sabía por qué. Ha habido casos en los que entrenadores se han asegurado grandes sumas de dinero apostando contra sus propios caballos, a través de agentes, y luego impidiendo que ganen mediante fraude. A veces es un jockey que tira de las riendas. A veces es un medio más seguro y sutil. ¿Qué era aquí? Esperaba que el contenido de sus bolsillos me ayudara a formarme una conclusión.

— Y lo hicieron. No puedes haber olvidado el singular cuchillo que se encontró en la mano del hombre muerto, un cuchillo que ciertamente ningún hombre sensato elegiría como arma. Era, como nos dijo el doctor Watson, un tipo de cuchillo que se usa para las operaciones más delicadas conocidas en cirugía. Y iba a ser usado para una operación delicada esa noche. Debes saber, con tu amplia experiencia en asuntos de turf, coronel Ross, que es posible hacer una pequeña incisión en los tendones del corvejón de un caballo, y hacerlo subcutáneamente, de manera que no quede absolutamente ningún rastro. Un caballo así tratado desarrollaría una ligera cojera, que se atribuiría a una tensión en el ejercicio o a un toque de reumatismo, pero nunca a un juego sucio.

— ¡Villano! ¡Canalla! — gritó el coronel.

— Aquí tenemos la explicación de por qué John Straker deseaba sacar al caballo al páramo. Una criatura tan vivaz ciertamente habría despertado al más profundo de los durmientes cuando sintiera el pinchazo del cuchillo. Era absolutamente necesario hacerlo al aire libre.

— ¡He sido ciego! — gritó el coronel—. Por supuesto, por eso necesitaba la vela, y encendió el fósforo.

— Sin duda. Pero al examinar sus pertenencias, tuve la suerte de descubrir no solo el método del crimen, sino incluso sus motivos. Como hombre de mundo, coronel, sabe que los hombres no llevan consigo las facturas de otras personas en sus bolsillos. La mayoría de nosotros tenemos bastante

con resolver nuestras propias cuentas. Concluí de inmediato que Straker llevaba una doble vida, y mantenía un segundo hogar. La naturaleza de la factura mostraba que había una dama en el caso, y una con gustos caros. Por generoso que sea con sus sirvientes, no se puede esperar que puedan comprar vestidos de paseo de veinte guineas para sus damas. Cuestioné a la señora Straker sobre el vestido sin que ella lo supiera, y habiéndome asegurado de que nunca llegó a sus manos, tomé nota de la dirección de la modista, y sentí que al llamar allí con la fotografía de Straker podría deshacerme fácilmente del mítico Derbyshire.

—A partir de ese momento todo fue claro. Straker había sacado al caballo a un hueco donde su luz sería invisible. Simpson, en su huida, había dejado caer su pañuelo, y Straker lo había recogido, tal vez con la idea de que podría usarlo para asegurar la pata del caballo. Una vez en el hueco, se había puesto detrás del caballo y había encendido una luz; pero la criatura, asustada por el resplandor repentino, y con el extraño instinto de los animales de sentir que se intentaba alguna maldad, había lanzado una patada, y la herradura de acero había golpeado a Straker en plena frente. Ya se había quitado el abrigo, a pesar de la lluvia, para realizar su delicada tarea, y así, al caer, su cuchillo le hizo un corte en el muslo. ¿Lo he dejado claro?

—¡Maravilloso! —exclamó el coronel—. ¡Maravilloso! ¡Podría haber estado allí!

—Mi disparo final fue, lo confieso, un disparo muy largo. Me pareció que un hombre tan astuto como Straker no emprendería esta delicada tarea de cortar tendones sin un poco de práctica. ¿En qué podría practicar? Mis ojos se posaron en las ovejas, y hice una pregunta que, para mi sorpresa, demostró que mi suposición era correcta.

—Cuando volví a Londres, visité a la modista, quien reconoció a Straker como un excelente cliente con el nombre de Derbyshire, quien tenía una esposa muy elegante, con una fuerte inclinación por los vestidos caros. No tengo duda de que esta mujer lo había sumido en deudas, y así lo llevó a este miserable complot.

—Ha explicado todo menos una cosa —exclamó el coronel—.

—¿Dónde estaba el caballo?

— Ah, huyó, y fue cuidado por uno de sus vecinos. Debemos tener una amnistía en esa dirección, creo. Esta es Clapham Junction, si no me equivoco, y estaremos en Victoria en menos de diez minutos. Si le apetece fumar un cigarro en nuestras habitaciones, coronel, estaré encantado de darle cualquier otro detalle que pueda interesarle.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB